

Las opiniones y evaluaciones de los resultados de las negociaciones de diciembre sobre el clima que tuvieron lugar en Bali varían de acuerdo con el nivel de las expectativas. Para el Brasil, el resultado de la decimotercera Conferencia de los Partes en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, no estuvo a la altura de la gravedad del problema pero, sin duda, se consiguieron progresos significativos, que no conviene infravalorar. Bali reforzó nuestra idea de que — a pesar de sus diferentes intereses, necesidades, circunstancias y prioridades — todas las naciones deben contribuir a resolver un problema tan grave como el del cambio climático. No hay todavía ninguna alternativa mejor que el sistema multilateral para consolidar este esfuerzo colectivo, aun cuando su capacidad de ofrecer respuestas adecuadas a los problemas mundiales suscite ciertas dudas.

Las expectativas de la comunidad internacional con respecto a Bali aumentaron notablemente en un año en que el cambio climático ocupó un lugar central. Para las instituciones internacionales, los gobiernos y los ciudadanos, la realidad resultante de los datos publicados por el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático es inequívoca, puede observarse a simple vista y lleva a la conclusión casi unánime de que es preciso actuar con urgencia, responsabilidad y compromiso. Este tema ha dejado de ser competencia exclusiva de los científicos y negociadores y forma parte de las preocupaciones de sectores enteros de la sociedad; estos están ahora no sólo mejor informados sino también mejor capacitados para intervenir y proponer alternativas que puedan incorporarse a la gran variedad de políticas y soluciones técnicas para abordar el problema.

Para los países en desarrollo, la conferencia de Bali fue una oportunidad excelente de demostrar su empeño en participar en los esfuerzos mundiales por combatir el cambio climático. Ello contribuyó a restar valor a los argumentos de algunos países desarrollados que — cuando se les pedía que asumieran sus propias responsabilidades — se defendían desviando la atención hacia las naciones que, tradicionalmente, han contribuido poco a agravar este problema. El Brasil defendió enérgicamente en Bali el concepto de que los países en desarrollo, convencidos de que forman parte del problema, deberían demostrar al mundo que — de acuerdo con sus circunstancias específicas — forman también parte de la solución.

El principio tantas veces repetido de las responsabilidades comunes pero diferenciadas no debería utilizarse para ocultar o eludir las obligaciones. Las acciones del Brasil en el frente del cambio climático se concentraron en su responsabilidad común — hacia su propia población y la de todo el mundo —, y no en la posición inaceptable de esperar a que las naciones desarrolladas, las principales responsables de la situación, cumplan antes sus obligaciones. Por ello, respaldamos la decisión de Bali de que los países en desarrollo adopten medidas adecuadas de mitigación — mediante programas y políticas para reducir las emisiones — que se puedan medir, notificar y verificar. Por primera vez, esta decisión histórica traduce muy claramente las disposiciones de la Convención que establecen las responsabilidades comunes de todos los países.

No obstante, hay que reconocer que no fue fácil conseguir la aceptación de los países en desarrollo. Cuando se les invitó a participar en la solución de un problema que, históricamente, ellos no han creado, algunos señalaron la contradicción de los países desarrollados que no sólo no han hecho gran cosa en el frente interno sino que además no han cumplido sus compromisos internacionales de ayudar a los países en desarrollo — con recursos financieros y transferencia de tecnología — a seguir modelos de desarrollo social, ambiental y económicamente sólidos. Para las naciones más pobres del mundo, que sin duda serán las más afectadas por los efectos nocivos del cambio climático, esta forma de liderazgo no es aceptable.

A pesar de las fuertes polémicas suscitadas, la aceptación por los países en desarrollo de fórmulas que dejaban muy claros sus compromisos con la Convención neutralizaba la actitud de los países desarrollados que se resistían todavía a desempeñar el papel que les correspondía. La decisión aprobada por la Conferencia de Bali, a pesar de que se trata de un texto tímido y poco ambicioso, generó un consenso que representa un resultado significativo: abre las puertas a una nueva ronda de negociaciones, que finalmente estarán basadas en la perspectiva de que todos los países pueden contribuir a dar con la solución.

El período que ahora comienza — en que se nos invita a todos nosotros a poner en práctica el Plan de acción de Bali — debe caracterizarse por una responsabilidad en

u  
compr  
clá  
por Mar

Marina Silva Ministra del Medio Ambiente de Brasil fue nombrada Campeona de la Tierra por el PNUMA en 2007. El premio se concede anualmente a siete dirigentes ambientales destacados que han ejercido notable influencia en la protección y gestión sostenible del medio ambiente del planeta.

Cada número de Nuestro Planeta expone las opiniones de uno de los Campeones del PNUMA. Sobre el premio Campeones de la Tierra del PNUMA puede obtenerse más información en <http://www.unep.org/champions>.



# n omiso ro ina Silva

consonancia con la urgencia y el compromiso que requiera el problema. Los países, tanto desarrollados como en desarrollo, reconocen sus responsabilidades, pero deberá haber igualdad en las negociaciones que comienzan ahora. Es imposible recortar la enorme e incomparable responsabilidad de los países ricos con respecto al cambio climático: esa responsabilidad no puede dividirse con otras naciones del planeta.

Si buscamos igualdad a la hora de resolver el problema, la conseguiremos en el momento en que los países más desarrollados adopten — con la debida celeridad y en forma obligatoria y vinculante — las medidas no transferibles que deben asumir para pagar la deuda que tienen con el planeta. Los países en desarrollo tienen también compromisos, pero son de otro tipo y necesitan ayuda para poder conseguirlo sin poner en peligro la necesidad básica, y ética, de suministrar bienes y servicios — como alimentos y energía — a millones de personas que carecen de ellos.

Lo que está en juego es la construcción teórica y práctica de esta igualdad. El Brasil tiene mucho que decir. Estamos a favor de que los países en desarrollo participen más en los esfuerzos mundiales por mitigar el cambio climático: con ello se refuerza el compromiso por las políticas y las medidas que pueden dar lugar a resultados eficaces y concretos. En la práctica, hemos emprendido en los tres últimos años una serie intensiva de medidas internas que han provocado una reducción acumulada de aproximadamente el 60% de nuestras tasas de deforestación, nuestra mayor fuente de emisiones. Hemos realizado también esfuerzos constantes por controlar y reducir las emisiones de gases de efecto invernadero en otros sectores: en los cinco últimos años, las emisiones resultantes de la energía han crecido menos que el PIB, lo que demuestra que es posible promover el crecimiento sin aumentar las emisiones al mismo ritmo.

El Brasil comienza también el nuevo año teniendo en cuenta la decisión sin precedentes de Bali que establece las orientaciones básicas para alentar medidas que permitan reducir las emisiones resultantes de la deforestación. En la conferencia se presentaron los elementos de un proyecto nacional demostrativo sobre incentivos para reducir las emisiones resultantes de la deforestación. Éste se propone crear un fondo voluntario de inversión para combatir la deforestación y promover la conservación de los bosques, basado en los recursos suministrados por países, empresas e instituciones, en proporción con la reducción de las emisiones. El proyecto, que comenzará en 2008, formuló la idea de los incentivos positivos para reducir las emisiones resultantes de la deforestación, utilizando como ejemplo el Amazonas.

La idea básica es que el Brasil podría manifestar su reconocimiento a los donantes interesados sobre la base de un sistema de seguimiento científicamente comprobado y un fondo para administrar sus contribuciones a la reducción de emisiones. Estos recursos serían administrados por un comité directivo integrado por el gobierno federal y los gobiernos estatales, los círculos académicos, el sector empresarial, las ONG y los movimientos sociales.

Esto es sólo un ejemplo de las oportunidades ofrecidas por la Convención para reducir las emisiones sin poner en peligro las estrategias, prioridades y demandas nacionales. En las deliberaciones que tendrán lugar en los dos próximos años debería examinarse el camino que la sociedad internacional debe seguir para afrontar adecuadamente una de las mayores amenazas del planeta. Por ello, es fundamental que todas las naciones se convenzan de que la resolución del problema del cambio climático implica, ante todo y sobre todo, atender las necesidades de la Tierra, de sus ecosistemas y de sus ciudadanos más vulnerables. El crecimiento económico y el mantenimiento de las pautas de consumo no pueden considerarse como el único medio de atender las necesidades de la humanidad. Se requieren incentivos para cambiar los modelos de desarrollo, pero también políticas, acciones y decisiones basadas en un proceder correcto. Y ello implica necesariamente un cierto nivel de renuncia y sacrificio, tanto nacional como personal. 